

tablas, lo que supone, en primera instancia, un obstáculo para su publicación y difusión a través de la televisión. Es por esto que la escenificación, en este caso, se convertirá en una adaptación que exigirá ciertas medidas, como puede ser la reducción del texto original, llevando consigo la pérdida de la continuidad que tiene el medio teatral, para transformarse en una secuencia narrativa de mosaico, donde la oralidad dramática, fundamental en el teatro isabelino, pierde parte de su fuerza. Esto hace que la televisión pueda suponer una cierta adulteración del producto teatral. Sin embargo, y siendo conscientes de este riesgo, no se puede relegar y desechar la posibilidad del medio televisivo, si es que de verdad Shakespeare vive en nuestro hoy. La televisión es y provoca otro modo de experimentar y degustar el fenómeno shakespereano, y que conlleva, al mismo tiempo, una desmitificación de su aureola de celebridad y de ser patrimonio exclusivo de unos cuantos privilegiados.

Otros temas de indudable interés centran la discusión, pero guardando todos ellos una relación directa con su contemporaneidad, puesto que forman parte de aquellos tópicos de nuestro hoy que pueden converger con el ayer shakespereano. Con esto se pone de manifiesto que Shakespeare no ha muerto, porque vive entre nosotros, compartiendo nuestras aspiraciones artísticas y nuestras expectativas existenciales. Es una pena que el acierto del libro, por su oportunidad y significación, se vea oscurecido y empañado por el tratamiento un tanto informal y pragmático del ser contemporáneo shakespereano. Hubiese sido muy de desear que esta revisión de la contemporaneidad de William Shakespeare se hubiese abordado desde unos planteamientos más teóricos y rigurosos con un mayor aparato crítico y justificativo, dando pertinente y oportuna cuenta del hoy de Shakespeare entre nosotros, porque ahora y como siempre «Shakespeare is working alongside us.»

José Manuel González

M. Carmen África Vidal. *¿Qué es el posmodernismo?* Alicante: Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1989, 155 pp.

El posmodernismo, nacido en los años sesenta de las contradicciones de la sociedad posttecnológica, ha llegado a nuestro país tarde y mal. Salvo excepciones en el terreno de la pintura (García Sevilla) y la arquitectura (Bofill), su forma de entrada en España ha sido desfasada y equívoca, falsamente identificada con la «movida madrileña.» Sea por nuestra peculiar forma de adaptar lo que viene de fuera, sea porque nuestra sociedad no ha entrado en las mismas contradicciones que la norteamericana, lo cierto es que el posmodernismo corre el grave peligro de desvirtuarse en nuestro país.

Al problema del «¿qué definimos?» se suma el mismo hecho de definir. El estudioso, en su afán de reconstruir la realidad, de ofrecer el concepto, ha de enfrentarse a la diversidad, a un observable multiforme y heterogéneo, en la vana ilusión de encerrarlo en palabras, para identificar el hecho y transmitirlo.

Es ésta en parte la tarea más ardua para el «cronista» del posmodernismo; quizá sea el obstáculo todavía mayor si lo enmarcamos en una historia de las ideas humanistas, porque no se trata de un hecho literario, ni arquitectónico, ni tan siquiera ya artístico. Independientemente de su vigencia actual, el posmodernismo comprende todas las actitudes de la vida humana, y pone (¿ponía, ha puesto?) en tela de juicio todo lo establecido alrededor de nosotros mismos, y aunque haya sido superado por otros modelos, da sentido a toda una época de la historia actual y a un ingente corpus artístico multidisciplinario.

El capítulo inicial parte de una definición del posmodernismo basada en el eclecticismo y en el pastiche, la ausencia de dogmatismo y las múltiples posturas dentro de la característica común de la ausencia de *telos*, la negación del concepto de finalidad como tal. Todo ello permite avanzar en el arte por nuevos caminos que conducen el impulso creativo a través de la desaparición de la frontera entre originalidad y simulación y, lo que será más significativo para la literatura, la disolución del sujeto. También resulta de interés el análisis de la polémica Habermas/Lyotard, que afecta incluso a la propia existencia del posmodernismo y a su posible carácter de continuación de la modernidad.

A la crítica de la originalidad se unen los problemas presentados por el «yo,» la historia y la coherencia, y cómo estas preguntas se aplican a la pintura (Schnabel, Salle), a la renacida fotografía (Cindy Sherman, Sherrie Levine) y a la literatura, desde los poetas del movimiento «Black Mountain» a la prácticamente nula influencia sobre la literatura hispanohablante, en la que sólo algunos, como Borges y Torrente Ballester, parecen haber recogido el desafío.

Nos hallamos ante todo frente a un libro divulgativo; la autora es consciente de la imposibilidad de resumir todas las manifestaciones posmodernas en menos de doscientas páginas, y por ello ofrece una teoría general y un recorrido por los grandes nombres de cada tendencia. El libro, por tanto, proporciona a cada lector una guía adecuada para profundizar en el ámbito cultural que más le interese. Dentro de este objetivo cobra especial importancia la amplísima bibliografía, que constituye casi la mitad del libro y que, después de trabajos de carácter general, nos encauza por los estudios y obras en los terrenos escultórico, pictórico, arquitectónico e incluso musical (se incluye una concisa discografía). Es aquí donde adquiere más fuerza la idea de interdisciplinariedad.

En el apartado de poesía, novela y crítica, se ha optado por un modelo híbrido, que incluye autores, estudios sobre ellos (a continuación de cada entrada) y bloques temáticos. En este sentido, quizá debería haberse cambiado el sangrado para los estudios específicos, pues su inserción en plena lista alfabética con apenas un par de líneas de separación resulta inicialmente algo confusa.

Cabría hacer referencia, a modo de «aviso para caminantes,» a un contratiempo menor que presenta el libro. Una primera lectura, especialmente en las primeras páginas, se hace algo trabajosa por la gran cantidad de referencias y nombres propios, a la que se une un estilo un tanto denso. Sin embargo, todo ello es producto de una elección consciente por parte de la autora, que asume el posmodernismo con todas sus implicaciones filosóficas, necesariamente difíciles en su aproximación inicial; escapa así a la tentación fácil de hacer un «posmodernismo a la española,» la trivialización del movimiento citada más arriba que, todavía hoy, pretende reducirlo a una columna de suplemento dominical o una sarta de lugares comunes en la contraportada de un

periódico. Elección difícil, desde luego, y no precisamente comercial, pero más seria y digna de ser leída por aquellos para los que el posmodernismo sea algo más que un cliché o una cita falsamente erudita en una conversación. Además, también es cierto que, una vez superada la etapa inicial de eliminación de tópicos y ya asumido el carácter filosófico del posmodernismo, las referencias cobran sentido progresivamente y las citas de Baudrillard, Derrida, Foucault y otros muchos se entrelazan en una visión abierta, pero completa.

El mérito de este libro, en definitiva, le viene dado por no ser un fin, sino un punto de partida. Su título, una pregunta universal, no aspira a ser contestado tras la lectura de la última página, sino que pretende mantenerse presente en cada momento de la creación artística y de su análisis. A nuestro modo de ver, es ésta la mejor manera de transmitir el soplo de aliento, la ruptura y al mismo tiempo apertura que constituye lo posmoderno. Otra cosa, muy distinta, sería determinar el lugar que queda para el posmodernismo en la actualidad, cuando en Estados Unidos ya ha sido sustituido por el minimalismo, por el llamado «post-romanticismo» o por nadie sabe qué, y en Europa parece revivir, si no las ideologías, sí un amplio positivismo basado en el humanismo resucitado; sin embargo, es ésa una página que todavía estamos escribiendo todos.

Miguel Ángel Campos Pardillos

Alicia de Vicente y Barry Readman. *Inglés para economistas*. Madrid: Palas Atenea, 1989, 192 pp.

María Teresa Polo, Barry Readman y Alicia de Vicente. *Inglés para economistas II*. Madrid: Palas Atenea, 1990, 288 pp.

El creciente interés por el desarrollo de la enseñanza del inglés concebido éste como un instrumento auxiliar para el dominio de otras ramas del saber —ya sea en el terreno científico, económico o tecnológico— ha originado una ingente cantidad de material didáctico orientado a la enseñanza de lo que entendemos genéricamente como «inglés con fines específicos.»

La proliferación de obras de este carácter responde a una necesidad derivada, sin duda, de la evidente importancia del inglés como *lingua franca* en prácticamente todos los campos del conocimiento, y de la progresiva internacionalización de nuestra existencia. Esta internacionalización es particularmente ostensible en el terreno económico: en un momento en el que el estado de las bolsas de Tokio o Nueva York nos mantiene en vilo, o cuando las fluctuaciones en el precio del barril de petróleo afectan decisivamente a nuestros bolsillos, la necesidad de dominar la terminología específica usada para describir esta situación se convierte en un imperativo, no ya sólo para los especialistas, sino incluso para el ciudadano de a pie cuya curiosidad al respecto tropieza con abundantes términos ingleses en las páginas de economía de muchos diarios. Hoy es